

cuya ausencia dejaba en ella un vacío que nada en el mundo puede llenar: todos los Gobiernos saludarán la vuelta de Vuestra Santidad á sus Estados como un indicio favorable, como un paso de una importancia inmensa en el restablecimiento del orden, tan necesario al bienestar de los pueblos y á la conservacion de la paz; mientras que el mundo católico, acostumbrado tantos siglos á volver los ojos al sepulcro de san Pedro para venerar sobre su silla al Pontífice, su sucesor, bendecirá la mano de Dios, que se ha dignado oír sus votos realizando sus esperanzas.»

Su Santidad contestó poco mas ó menos en los términos siguientes:

«Vosotros, que me acompañasteis durante los días de prueba y de aflicción, formais hoy mi corona y mi alegría; y al manifestaros mi gratitud por el interés que habeis tomado en las muchas vicisitudes que con tanta rapidez se han sucedido, os doy gracias igualmente por el que tomáis en los actuales acontecimientos, contando firmemente en que tampoco me faltará vuestra asistencia para el porvenir.

«Decid á vuestros soberanos y á vuestros gobiernos respectivos todo el agradecimiento que abrigo en mi corazón por cuanto han dicho y hecho en favor de la Santa Sede; aseguradles que ruego continuamente á Dios por la paz de la Europa y del mundo.

«Deseo que descendan abundantemente sobre vosotros y sobre las naciones que representais las bendiciones de Dios, á fin de que vivificadas aquellas con el don celeste, vean aumentar en su seno las conquistas de la fe, contra el espíritu de irreligion, y las de la tranquilidad y del orden contra el espíritu de la anarquía.»

Tenia lugar la solemne presentacion del cuerpo diplomático el día 15 de abril. Dos días despues se verificó otra.

El general Baraguay d'Hilliers deseó presentar al Papa toda la oficialidad del ejército expedicionario, y en efecto, Pio IX, acompañado del cardenal Dupont y de algunos prelados de su corte, apareció visiblemente conmovido: el General en jefe, inclinándose ante la soberana presencia del representante de JESUCRISTO: «Santísimo Padre, le dijo, los oficiales todos del cuerpo expedicionario desean tener el honor de ser presentados á Vuestra Santidad y de ofrecerle sus respetuosos homenajes.»

El Padre Santo tomó la palabra, pronunciando el discurso que va á leerse, y que será uno de los títulos mas gloriosos de las armas de la nacion de san Luis.

«Tengo un gran placer al hallarme en medio de un ejército que tantas brillantes pruebas de valor y de disciplina acaba de dar, y que pertenece á una nacion católica y generosa.

«Mi corazón rebosa de alegría al expresar los sentimientos de una gratitud que abrigo hácia el ejército francés, quien ha prodigado su oro, sus fatigas y su sangre para librar á Roma de la anarquía que sobre ella pesaba, y para asegurar su independencia al Vicario de JESUCRISTO, así como pontífice como soberano.

«Señor General, sed Vos mi intérprete; Vos que, digno sucesor de los dos generales que os han precedido, os honrais con la representacion de la Francia cerca de la Santa Sede, manifestad mis paternales sentimientos al Presidente de la república, que ha allanado cuantos obstáculos se oponian á tan laudable empresa, á la Asamblea que la ha decretado, y en cuyo seno se han

expresado los nobles sentimientos que llenaron mi corazón de alegría y de consuelo.

«Invoco é invocaré siempre la bendicion de Dios sobre cada uno de vosotros, sobre vuestras familias, sobre la Francia entera, á fin de que se propague mas y mas en vuestra nacion generosa el espíritu de religion, origen de todos los bienes, y la invoco mas particularmente sobre el ejército, el cual por el honor, la disciplina y el valor que lo distinguen será siempre el sosten del orden público y la prenda de la tranquilidad.»

El Sumo Pontífice pronunció estas palabras en italiano; mas hizolo con voz tan distinta y tan perfectamente acentuada, que al oírle creyeron los franceses haber recibido el don de lenguas; acto continuo los oficiales desfilaron por delante del Papa, conformándose á los usos prestados por la etiqueta de las recepciones pontificias.

El día siguiente, 18 de abril, Pio IX debía dar cima á la obra de su restauracion, bendiciendo en la plaza de San Pedro las armas y banderas de la Francia. Á las tres y media las tropas de todas armas, y los regimientos destacados en los alrededores y venidos á Roma para asistir á la solemnidad, se dirigieron, vestidos de gala, con sus banderas desplegadas, al son de sus banderas militares, al lugar designado para la formacion; á las cuatro se hallaba todo el ejército formado en masa entre el pórtico de la iglesia y el obelisco de la plaza, delante de un tablado elevado para Su Santidad. Una escogida concurrencia, entre la que se distinguian, además del cuerpo diplomático y de los príncipes romanos, los personajes mas notables de la ciudad, ocupaba las galerías superiores del pórtico de la derecha, la plataforma y los balcones de la basílica, y el pueblo probaba de nuevo sus simpatías y afecto hácia la Francia, llenando ambos lados de la plaza, y asistiendo á una fiesta exclusivamente consagrada á aquella. Roma en peso habia acudido á la plaza del Vaticano. Todas las ventanas, lo mismo que los balcones, estaban adornadas con colgaduras, con mujeres y con flores.

El Sumo Pontífice, precedido de los soldados suizos vestidos con su pintoresco uniforme, rodeado de sus guardias nobles y de algunos prelados, teniendo á su derecha al cardenal Dupont y á su izquierda al cardenal Antonelli, se presentó en la plaza de San Pedro entre el estampido de los cañones del castillo de San Ángelo, las armonías de las banderas militares y el repique de las campanas.

«De repente, dice un cronista, testigo de aquellas escenas, enmudecen las campanas y el cañon; suspenden sus acordes acentos las músicas; inclinan sus rodillas ochenta mil espectadores; y solo queda en pié un hombre vestido de blanco, de afable y modesto rostro, que levanta su mano, y bendice á uno de los mas aguerridos ejércitos, al ejército de la Francia, que está rendido devotamente á sus plantas. La figura que se destacó allí, no hay necesidad de decir que era Pio IX.»

Esta revista, santificada por la bendicion pontificia, tuvo un carácter solemne é imponente. Sin embargo, observóse en ella un vacío; pues así los franceses como los romanos vieron con pena la ausencia del general que al abrir las puertas de Roma habia sido causa de una fiesta en la que su lugar estaba señalado. Por esto sin duda se complació el Papa aquel mismo día en reiterar espontáneamente y por escrito, al duque de Reggio, los recuerdos que de él tenia y la expresion de su paternal afecto.

Pio IX encontró en Roma huellas de la profunda y bárbara devastacion que habia sufrido. Las artes, léjos de haber sido veneradas por los que se decian inspirados por el espíritu de las luces, hubieron de gemir bajo la mano profanadora y sacrilega de la demagogia.

En este punto, nunca la historia proclamará bastante alto la dignidad, la prudencia, el tacto y la solicitud del general Oudinot. En el ataque de Roma su cuidado principal lo fijó en la salvacion de los monumentos preciosos de que es aquella ciudad joyero invaluable. Mas de una vez sacrificó el general Oudinot la oportunidad del asalto en consideracion á los perjuicios artísticos y religiosos, que hubieran podido acarrear determinadas acciones.

El mundo miraba su actitud, y le aplaudia. Soldado cristiano, atestiguaba que era el verdadero amigo de la civilizacion.

Los demagogos se complacieron en propalar injuriosos escritos denunciando la barbarie del General francés, é inclinando la responsabilidad de los destrozos monumentales sobre el bárbaro conquistador; así le calificaban. Sin embargo, los que denunciaban á la Europa los destrozos reparables de algunos edificios, trataban de minar el Vaticano, y de incendiar el Quirinal.

El duque de Reggio, para sincerarse y justificarse ante la historia, nombró una comision investigadora de los daños causados por el sitio, de la que formaron parte muchos arqueólogos extranjeros que se hallaban en Roma.

El secretario encargado de la direccion del dictámen lo entregó al general Baraguay d'Hilliers, el cual se apresuró á remitirlo al ministerio de Negocios extranjeros, resultando del concienzudo exámen llevado á cabo por la comision especial que, durante el sitio, el ejército francés, inspirado por la misma idea que su jefe, no habia hecho experimentar á la ciudad sitiada sino algunos daños insignificantes. Nada habia sido averiado que no pudiese ser reparado fácilmente, y el dictámen terminaba afirmando que los sitiados habian causado en la Ciudad eterna daños cinco veces mas considerables.

El honor de la Francia quedó, pues, inmaculado y puro respecto á este particular.

«Por todas partes, como hace observar un historiador de aquel sitio, se ve la profunda huella que dejara impresa el pié de los invasores; los feroces normandos de Roberto Guiscardo, llamados por el papa Gregorio VII para protegerla, y tiempos despues los soldados de Carlos V, revelaron su paso por la capital del orbe católico con el hierro y con el fuego, con la ruina y la devastacion.

«Léjos de seguir tales tradiciones, los soldados franceses, victoriosos despues de dos meses enteros de sufrimientos y privaciones, no se abandonaron ni un solo instante á las halagüeñas excitaciones de la conquista; tan generosos como valientes, probaron que un ejército podia ser el protector de una ciudad tomada por asalto, y en la cual habian entrado por las humeantes brechas, sin capitulacion, y por el triunfo completo de su derecho y de su fuerza.

El pueblo romano se entregó inmediatamente á la expansion de filial entusiasmo; todas las clases sociales rivalizaron en expresar el cariño de que se hallaban animadas para con el recuperado Pastor.

La nobleza romana, consecuente con su fidelidad y galantería, mandó acuñar una medalla que contiene la efigie del Papa y dos inscripciones latinas así concebidas: *Á Pio IX, Soberano Pontífice*, 1850.—*Á Pio IX, Soberano Pontífice*, dichosamente vuelto el 1.º de los idus de 1850, por haber restablecido la

dignidad humana, reanimado los espíritus de los ciudadanos y la Hacienda pública — la nobleza reconocida.

Todas las academias literarias y científicas, que en Roma son numerosísimas, consagraron extraordinarias y solemnes sesiones en celebracion del regreso de Su Santidad. Solo harémos mencion particular de una, por haber tomado parte en su acto literario el Sr. Martinez de la Rosa, nuestro digno embajador.

Conocidas son de la Europa culta las relevantes dotes y el genio poético de Martinez de la Rosa. Aquel eminente literato, despues de haber empleado con un tacto, con una habilidad y constancia admirables su talento diplomático para el triunfo de la causa pontificia, quiso elevar al trono restaurado, gracias tambien á sus esfuerzos, el perfume de su especial inspiracion. En sus operaciones diplomáticas veíase al celoso funcionario de España, empero en su cooperacion literaria viéronse los sentimientos personales.

En la solemne sesion de la *Academia de los Arcades*, para celebrar el feliz regreso de Su Santidad á Roma, habida el dia 12 de mayo, S. E. recitó una oda compuesta en italiano por él mismo, que despues publicó con su correspondiente traduccion.

No creemos ajeno de estas páginas insertar aquel doble trabajo, que es un verdadero monumento de la literatura y de la piedad del dignísimo representante en Roma de S. M. la Reina en aquellas aciagas circunstancias.

Recibió en ello honra el augusto trono de Pio, así como prez y gloria la nacion que tan eminentes varones sabe elegir para representarla.

Al fausto regreso del sumo pontífice Pio IX, oda recitada por el Sr. D. Francisco Martinez de la Rosa en la solemne Academia de los Arcades, que para celebrar tan feliz acontecimiento tuvo lugar en la promoleca capitolina el domingo 12 de mayo de 1850.

Ei ritornò!... di Roma
S' eleva fino al ciel plaudente grido...
Il Tevere orgoglioso,
Al mar vicino rivolgendo l'onde,
Ei ritornò!... risponde...
Il Tago, il Gariglian, la Senna, il Reno
La fronte innalzan del nativo seno;
El lieti accenti riptendo a gara
Dall' uno all' altro polo,
Un eco, un eco solo
Annunzia al mondo intiero:
Ritornò a Roma il Successor di Piero!
Non di catene cinti
Miseri schiavi ingombrano la via,
Il trionfal carro seguitando vinti...
Un Angelo del cielo lo precede;
Intorno van, facendogli corona,
La Carità, la Fede,
La Speranza divina,
Che come eterna pianta,
Nacque a piè della Croce sacrosanta!
Silenzio!... Udite... Il religioso canto
Nell' antica Basilica risuona,
Qual dolce mormorio
Che fanno degli Arcangeli le piume,
Quando il trono circondano d' Iddio!
Tace il concorso immenso:
Il Pontefice augusto,
Fra nuvole d' incenso,
Umido il ciglio, tímido cammina,
E di Piero alla tomba s' avvicina...
La triplice corona,

¡ Ha vuelto ya!... de Roma
Se elevó al cielo un grito de alegría.
El Tiber orgulloso,
Sus aguas conduciendo al mar cercano,
¡ Ha vuelto ya!... responde...
El Tajo, el Rhin, el Sena, el Garellano,
Alzan su frente de su eterno cauce;
Y los cantos de gozo repitiendo,
Del uno al otro polo,
Un eco, un eco solo,
Anuncia al mundo entero:
¡ Ha vuelto á Roma el Sucesor de Pedro!
No de hierro cargados
Abren su marcha míseros vencidos
Al carro triunfador siguiendo atados...
Un Ángel de los cielos le precede...
La fe... la caridad junto á él caminan
Formando su corona,
Y esperanza divina,
Que como eterna planta
Hizo á su pié brotar cruz sacrosanta.
¡ Silencio!... oid... el religioso canto
En la antigua basilica resuena
Como el dulce murmullo
Que al rededor del trono del Altísimo
Con sus alas producen los querubes.
Calla el concurso inmenso:
El Pontífice augusto,
Entre nubes de incienso,
Enternecido, tímido camina,
Y á la tumba de Pedro se aproxima.
La triple diadema,

Che leggi all' orbe impone,
 Dell' ara al piè depone;
 La sacra fronte inchina;
 Mentre del sole un raggio,
 Per la cupola immensa penetrando,
 Qual iride di pace e di speranza,
 Al volto aggiunge maestà divina!
 Salve, Eletto di Dio!
 Salve, dell' almo ciel sublime dono!
 Salve, clemente, pio,
 Sereno contrastando il fato rio,
 Più grande ancor che sull' eccelso Trono!
 Vieni, ó Padre!... dall' alto Vaticano
 Tendi la sacra mano...
 In umile contegno
 La terra aspetta il venerando segno;
 E di Sionne il cantico intuonando,
 Ripeta il mondo intiero:
Ritornò a Roma il Successor di Piero!

Que da leyes al orbe,
 Del ara al pié depone:
 La sacra frente inclina;
 Del sol en tanto un rayo,
 Por la cúpula inmensa penetrando,
 Como un fris de paz y de esperanza,
 Imprime al rostro majestad divina.
 Ungido de Dios, ¡salve!
 ¡Salve, sublime don del almo cielo!
 ¡Salve, clemente, pio,
 Arrostrando sereno el hado impío,
 Mas grande aun que sobre el trono excelso!
 Ven, Padre... desde el alto Vaticano
 Tiende tu sacra mano...
 En actitud humilde
 La tierra espera el signo venerando;
 Y de Sion el cántico entonando,
 Repita el mundo entero:
¡Ha vuelto à Roma el Sucesor de Pedro!

La poblacion trabajadora de Roma y la parte menos opulenta se distinguió especialmente en espontáneos transportes de alegría. En efecto, los pobres, para los que siempre el bondadoso Pontífice ha tenido abierto de par en par su pecho generoso, fueron los que de mas directa manera experimentaron las ventajas de la restauracion. Las obras de misericordia volvieron á ejercerse con su tradicional eficacia en la capital de la caridad; las muchedumbres saludaron en el regresado Papa al agosto representante de aquel que, al predicar en el monte de las bienaventuranzas la verdad celestial, multiplicaba al mismo tiempo el pan material, atestiguando que los beneficios de su Evangelio se extendian al espíritu y al cuerpo.

La ley del amor es en el fondo una ley económica.

Estas consideraciones, cuya exactitud los necesitados de Roma palpaban, iban aumentando cada dia la estupenda popularidad del benéfico Pio.

El Pontífice, agradecido á la cooperacion de la Europa, dió á las potencias interventoras un voto de gracias solemne en la primera *alocucion* pronunciada en el Vaticano el dia 20 de mayo, que fue concebida en los siguientes términos:

«Venerables hermanos: Aunque siempre hemos reconocido la admirable providencia de Dios óptimo máximo en la defensa de la causa católica; sin embargo, venerables hermanos, en estos últimos años especialmente hemos visto brillar de un modo maravilloso esa fuerza celestial con que Dios prometió asistir á su Iglesia hasta la consumacion de los siglos. Sabidas son en todo el orbe las funestísimas vicisitudes que tan cruelmente nos afligieron, y que nos obligaron á desterrarnos de esta nuestra residencia por espacio de mas de diez y seis meses. Notorio es tambien lo calamitoso y deplorable de los tiempos en que con indecible dolor nuestro, de vosotros y de todos los buenos, vióse al príncipe de las tinieblas vomitar toda su rabia contra la Iglesia y contra esta Silla apostólica, y dar rienda suelta á sus furoros hasta en esta misma ciudad, centro que es de la verdad católica. Todo el mundo sabe tambien como el Señor justo y misericordioso, que hiere y sana, mortifica y vivifica, conduce al sepulcro y saca de él, nos ha consolado en nuestra tribulacion con evidentes y admirables socorros de su bondad, y acogiendo propicio y bondadoso nuestras oraciones y nuestras lágrimas, y los votos y deseos de toda la Iglesia, se ha dignado calmar esa deshecha tempestad suscitada por el infierno, sacar á nuestros muy amados pueblos de nuestros Estados pontificios de

lamentable estado en que se encontraban, y volvernos á esta inclita ciudad en medio de los mayores transportes de alegría de los pueblos y con indecible júbilo de todo el orbe católico. Así, pues, al hablaros hoy por primera vez despues de nuestro regreso á esta ciudad, nada nos ha parecido mas propio que dar rendidas é inmortales gracias al Todopoderoso por tan singulares beneficios, y encomiar cual se merecen á las inclitas naciones y principes que movidos por Dios tanto placer tuvieron en merecer bien de Nos y de esta Silla apostólica; en proteger y defender con sus bienes, con sus consejos y sus armas el principado temporal de la misma Santa Sede, y en restablecer en esta ciudad y en los Estados pontificios el orden público y la pública tranquilidad.

«Y muy justamente merece nuestra gratitud y nuestras alabanzas nuestro carísimo hijo en CRISTO Fernando II, rey de las Dos Sicilias; porque, siguiendo los impulsos de su religiosidad, no bien supo nuestra llegada á Gaeta, cuando sin demora vino á vernos con su augusta esposa María Teresa, y lleno de gozo por la ocasion que se le presentaba de dar al Vicario de JESUCRISTO en la tierra las mayores pruebas de su acendrada piedad y filial devocion y deferencia, nos hospedó magníficamente, y en todo el tiempo que hemos permanecido en su reino no ha cesado un momento de prodigarnos los mayores obsequios, como vosotros mismos, venerables hermanos, habeis sido irrefragables testigos. Cuando otras naciones acudieron tambien á defender el principado civil de esta Santa Sede, el mismo rey quiso ir en persona mandando su ejército. Tan esclarecidos méritos de tan piadoso rey para con Nos y para con la Santa Sede, se hallan tan grabados en nuestro corazon que nunca jamás se borrará su grata memoria. — Correspóndenos ahora hablar con sumo honor y perenne gratitud de la esclarecida nacion francesa, ilustre por la gloria de sus armas, por su adhesion á esta Silla apostólica y por mil otros títulos; nacion cuya benevolencia para con Nos y cuyos beneficios hemos experimentado. En efecto, esta nacion y el inclito presidente de su república, acudiendo al socorro de nuestras tribulaciones y de las del Estado pontificio, y sin perdonar gasto alguno, determinó enviar sus valientes tropas, las cuales, arrostrando mil penalidades y trabajos, libraron especialmente esta ciudad tan vejada y abatida, la sacaron del estado infeliz y lamentable en que se encontraba, y tuvieron á mucha gloria el restablecernos en ella. — Y en esta alabanza y en esta manifestacion de nuestra gratitud queremos igualmente comprender á nuestro muy amado hijo en CRISTO Francisco José, emperador de Austria, rey apostólico de Hungría, ilustre rey de Bohemia, etc., que heredero de la piedad de sus antepasados, y movido de ella y de su reverencia á esta Cátedra de san Pedro, aprestando con la mayor diligencia y solicitud sus poderosos auxilios en defensa del principado temporal de esta Santa Sede, con sus victoriosas tropas libró especialmente las provincias pontificias de Emilia, Piceno y Umbría, de la injusta y dura dominacion en que gemian, y restableció en ellas nuestro legítimo Gobierno y de esta Santa Sede. — Debemos tambien en testimonio de nuestro reconocimiento y gratitud hacer especial mencion de los méritos para con Nos de nuestra muy amada hija en CRISTO María Isabel, reina católica de las Españas y de su Gobierno; porque, como bien sabeis, luego que supo nuestras desgracias, se apresuró con la mayor solicitud á excitar á todas las naciones católicas á que sostuviesen la causa del Padre comun de todos los fieles, y luego envió sus valientes tropas para defender las posesiones de la Iglesia romana. — Y aquí, venerables hermanos, no

podemos pasar en silencio la benevolencia suma que para con Nos han mostrado otros muy ilustres príncipes, aun aquellos que no siendo católicos no están unidos á esta Cátedra de Pedro; pues si bien no enviaron sus ejércitos, emplearon su influjo en el sostenimiento y defensa de los derechos é intereses temporales de Nos y de la Iglesia romana. Por tanto, tambien á ellos les estamos sumamente agradecidos y les tributamos las mas debidas gracias. Y en todo esto no habrá nadie que no admire esa infinita providencia de Aquel que, rigiendo y gobernándolo todo con suavidad y fortaleza, ha hecho que en medio de los trastornos y calamidades de los tiempos, hasta los mismos príncipes que no están unidos á la Iglesia romana sostengan y defiendan la soberanía temporal de la misma Iglesia; soberanía de que por singular disposicion de la misma divina Providencia viene ya gozando legítimamente por espacio de tantos siglos el romano Pontífice á fin de que en el gobierno que Dios le encomendó de la Iglesia universal pueda ejercer en todo el orbe su suprema autoridad apostólica con toda la libertad que tan necesaria es para el cabal desempeño del sumo pontificado y para trabajar en la salvacion de toda la grey del Señor.—Debemos además dar un testimonio de alabanza y honor á todos los embajadores y enviados de esos príncipes y naciones cerca de Nos y de esta Santa Sede; pues intérpretes de la benevolencia y solicitud de sus soberanos y naciones para con Nos, defendieron nuestra persona antes de que saliéramos de Roma, y nos han acompañado así en nuestro destierro como en nuestro regreso.—Tantos y tan singulares testimonios de piedad, de intenso amor, de rendida sumision y de larguísima liberalidad, nos han afectado tanto que deseáramos vivamente tributar aquí, en vuestra presencia, una y muchas veces las mas debidas gracias y sinceros elogios, no ya solamente á las ciudades y pueblos uno á uno, sino á todos y á cada uno de sus individuos por sus merecimientos para con Nos, si no temiéramos alargar esta nuestra allocucion mas de lo conveniente. Empero no podemos pasar en silencio los ilustres y verdaderamente admirables testimonios de fe, de piedad, de amor y de liberalidad, que Nos han dado nuestros venerables hermanos los obispos de todo el orbe católico; testimonios que nos causaron el mayor júbilo. Porque constituidos tambien estos nuestros hermanos en gravísimas angustias y peligros, nunca han dejado de cumplir con sacerdotal fortaleza y celo su ministerio, pelear la buena pelea, y defender impávidamente, ya de viva voz, ya con saludables escritos, ya con sus episcopales reuniones, la causa y los derechos y la libertad de la Iglesia, y atender á la salvacion de la grey que les está encomendada. Tampoco podemos menos de manifestaros á vosotros, venerables hermanos, cardenales de la S. I. R., nuestra mas viva gratitud; porque nos servisteis del mayor consuelo y nos alentásteis grandemente, pues compañeros y partícipes de nuestras calamidades, soportando con ánimo invicto tantas penalidades, y dispuestos á padecerlas aun mayores por la Iglesia de Dios, habeis sostenido constantemente con el mayor valor el eminente grado de vuestra dignidad, y en medio de tantas luchas y combates nos habeis ayudado con vuestra laboriosidad y vuestros consejos. Así, pues, habiéndose, por un singular favor del Altísimo, cambiado el estado de cosas, de modo que con gran júbilo, no solo de esta ilustre ciudad, sino de los pueblos todos, hemos podido regresar á esta Silla apostólica, nada debe sernos mas grato, nada mas justo que el que en la humildad de nuestro corazon tributemos continuas é inmortales acciones de gracias al Dios de las misericordias, que tan liberalmente

las hizo con Nos, y tambien á la santísima Madre de Dios, la Inmaculada Virgen María, á cuyo poderosísimo patrocinio atribuimos nuestra salvacion.

«Hasta aquí, venerables hermanos, hemos tocado, aunque rápidamente, lo que nos ha sido de consuelo; mas ahora, en cumplimiento del deber de nuestro supremo ministerio apostólico, no podemos menos de hablar de cosas que vivamente atormentan, angustian y oprimen nuestro corazon. Bien sabeis, venerables hermanos, la terrible é inexorable guerra empeñada entre la luz y las tinieblas, entre la verdad y el error, entre la virtud y el vicio, entre CRISTO y Belial; tampoco ignorais los perversos ardides y maquinaciones con que los enemigos se esfuerzan en afligir y combatir en todas partes todo lo concerniente á nuestra Religion; arrancar de raíz el gérmen de todas las virtudes cristianas; propagar por doquiera la desenfrenada é impía licencia de pensar y de vivir; inficionar y corromper con todo género de perversos y perniciosos errores especialmente á la ignorante muchedumbre y á la incauta juventud; conculcar todos los derechos divinos y humanos, y aun, si posible fuera, destruir hasta los cimientos la Iglesia católica y echar á tierra esta santa Cátedra de san Pedro. Todo el mundo ve los muchos y graves males con que el poder de las tinieblas afige y veja, no sin gran dolor de nuestro corazon, á la grey de CRISTO, que nos ha sido encomendada, y aun á la misma sociedad humana. Por tanto, venerables hermanos, si siempre debemos trabajar con íntima union y con la mayor vigilancia, celo y esfuerzos, ya de obra, ya de palabra, ya con el ejemplo, ahora mas que nunca, á fin de que oponiendo un muro por la casa de Israel, peleemos impávidos las batallas del Señor. Nos, ciertamente, aunque bien persuadidos de nuestra debilidad, sin embargo, amparados con el auxilio del Todopoderoso, y en cumplimiento de nuestro supremo ministerio apostólico por amor de Sion no callaremos, y en defensa de Jerusalem no descansaremos (*Isai. LXII, 1*), y fija nuestra vista en el autor y consumidor de la fe CRISTO-JESÚS, no omitiremos desvelos, consejos ni trabajo alguno, á fin de poder defender la casa, sostener el templo, reparar las ruinas de la Iglesia y procurar la salvacion de todos, pronto y dispuesto á dar gustosísimo nuestra misma vida por CRISTO-JESÚS y por su santa Iglesia. Y volviéndonos aquí á todos nuestros venerables hermanos los obispos del orbe católico, al paso que de nuevo les felicitamos por su laudable laboriosidad en defensa de la gloria de Dios y de la salvacion de las almas, tambien de nuevo les alentamos, á que en medio de tan horrible guerra contra nuestra divina Religion, animados de unos mismos sentimientos, confortados en el Señor y en el poder de su virtud, abrazando el escudo inexpugnable de la fe y empuñando la espada del espíritu, que es la palabra de Dios, prosigan como hasta ahora hicieron, de cada vez con mas ahinco, con su episcopal valor, constancia y prudencia, peleando intrépidos en defensa de la Religion, resistiendo los embates del enemigo, rechazando sus dardos, quebrantando sus ímpetus, y defendiendo de sus ataques y asechanzas la grey que les está encomendada, y conduciéndola por el camino de la salvacion. Pedimos tambien á los mismos venerables hermanos que no dejen de amonestar, exhortar y excitar especialmente á los eclesiásticos, para que con asiduas oraciones, ferviente espíritu y una pia y santa vida, se muestren en todo cual dechados de buenas obras, y ardiendo en celo por la gloria de Dios y la salvacion de las almas, y unidos entre sí con el fuerte vínculo de la caridad, cojan la armadura de Dios, y concordes y reunidas sus fuerzas salgan al campo de batalla, y conducidos